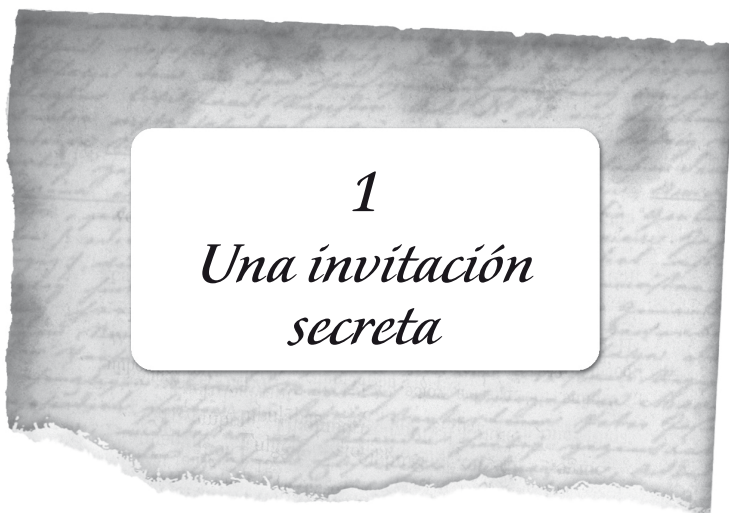




1

Una invitación secreta

Una figura encapuchada avanzaba sigilosamente por los pasillos desiertos del castillo de Arcándida. De vez en cuando, se pegaba a las paredes de hielo y aguzaba el oído: no había ni una alma.

Era temprano. Aún no había salido el sol, y la figura tenía tiempo de sobra para hacer lo que se había propuesto. Con paso fatigado, subió el amplio tramo de escaleras, que estaba cubierto de una suntuosa alfombra verde, y llegó hasta una gran puerta doble de madera oscura. La empujó con la mano, pero sólo logró abrir una rendija, apenas suficiente para colarse hasta





Una invitación secreta

el interior. La sala era enorme, circular y tapizada de libros por los cuatro costados. La grisura de las últimas horas nocturnas lo envolvía todo, aunque una trémula y débil luz recorría una de las estanterías.

—Señor Haldorr —llamó en voz baja la figura encapuchada.

La luz se detuvo y empezó a descender hacia el suelo de mármol, que, una vez iluminado, reveló unos espléndidos motivos florales.

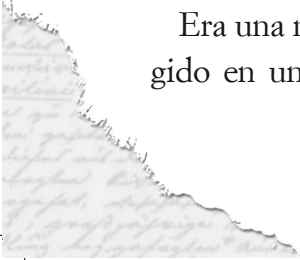


A la luz de la vieja lámpara de aceite, apareció el rostro de Haldorr, el bibliotecario de Arcándida. Sus rasgos afilados subrayaban una expresión absorta en lejanos pensamientos. Tenía los ojos oscuros y asimétricos, y una nariz aguileña que casi le rozaba el labio superior. No obstante, su sonrisa alegre y jovial lo serenaba todo, como el sol que estaba a punto de salir.

—Buenos días, condesa Berglind —dijo Haldorr, colocando a la altura de la luz el frasco que sostenía con la otra mano—. Disculpad que os haya hecho esperar.

La condesa Berglind se bajó la capucha y se acercó para ver mejor.

Era una mujer anciana, con el cabello plateado recogido en un moño apretado que le adornaba la nuca



Una invitación secreta

como un pequeño acerico. Hacía ya tiempo que había cumplido los setenta, pero las dificultades de la vida no habían marcado su piel, que aún era lisa y sonrosada.

Sólo le traicionaba la vista, que no le permitió leer la etiqueta del frasco: «Tinta Hekta».

—¿Estás seguro de que esta tinta nos servirá? —preguntó la anciana condesa, achicando los ojos con la esperanza de distinguir alguna letra.

—Completamente, no os preocupéis —la tranquilizó el bibliotecario—. Es una tinta especial, única, di-





Una invitación secreta

luida con escarcha que recogí personalmente en las laderas del volcán Hekta. Es una fórmula muy antigua.

La condesa parecía impresionada con la explicación de Haldorr, quien abrió mucho los ojos para dar mayor énfasis a sus afirmaciones.

—Y lo que escribamos ¿sólo podrá verlo el destinatario de la invitación? —preguntó la condesa.

—Exacto. De este modo, evitaremos que las personas equivocadas lean el contenido del mensaje.

—¡Perfecto! Creo que ya está todo listo.

—Sólo tenemos que avisar a la princesa Nives.

Por un instante, la condesa pareció contrariada. Luego, agitó una mano ante su rostro, como si quisiera ahuyentar algún pensamiento.

—Gracias, Haldorr —dijo, sonriendo—, yo me ocuparé de Nives. Ya verás, todo va a salir bien. Además, no podíamos hacer otra cosa: ya es hora de que mi sobrina se case.

—Desde luego, condesa. Os ayudaré a preparar las invitaciones. Mañana, los lobos se las entregarán a las focas mensajeras, y éstas cruzarán el Mar de las Travesías para llevarlas a su destino.



Una invitación secreta

—Muy bien. Me has sido de gran ayuda, Haldorr.
La anciana se subió la capucha y salió de la biblioteca.

Haldorr se quedó solo, esperando el amanecer. El primer rayo de sol entró por el ventanal de la sala, y rodeó su delgada silueta de un halo de luz rosada. Observó unos instantes la sombra proyectada a su espalda, y recordó que, cuando era niño, le encantaba crear figuras de sombra. Después, alzó los ojos hacia la gran cúpula de la biblioteca, en la que había pintados cientos de libros, y su mirada y pensamiento se perdieron en las alturas.



2

La princesa Níves

El día siguiente amaneció con un sol radiante. Tras un invierno polar, el buen tiempo y la temperatura moderada infundían alegría y buen humor en los corazones de los habitantes del castillo. Con el sol bien alto en el cielo, era más fácil despertar felices y activos.

En la gran cocina del segundo piso, Arla y Erla, las dos cocineras, ya ocupaban sus puestos ante los fogones, enzarzadas en una discusión acalorada.

—Arla, ¡no insistas! Hicimos tarta de pera hace dos días. Ahora toca de manzana —argumentó Erla, con una manzana roja en la mano izquierda.

La princesa Níves

—¡Ni hablar, Erla! —replicó su hermana, con una pera en la mano—. La haremos de pera.

Arla y Erla eran hermanas, pero no se parecían en nada. Erla, la mayor, era alta y muy delgada, tanto que había que mirarla de frente para verla. En cambio, la más joven era todo lo contrario: bajita y regordeta, tenía la misma forma vista desde cualquier ángulo. En lo que sí se parecían era en el carácter: las dos eran testarudas y resueltas, nunca estaban de acuerdo y discutían por todo, hasta el último detalle.



La princesa Níves

—¡Te digo que será de manzana!

—¡Ah, no! Será de pera, o...

—¿Y si hacéis una tarta de pera y manzana? —sugirió una voz, por detrás de ambas cocineras.

—¡Buenos días, princesa Níves! —saludaron a coro, cogidas por sorpresa.

La princesa de Arcándida estaba especialmente guapa aquella mañana. Su rostro dulce y pálido resplandecía, y su mirada, a veces glacial, era serena y distendida. Parecía haber dormido mucho y bien.



Níves correspondió al saludo de las cocineras y entró en la cocina con una hermosa sonrisa.

Lucía un vestido sencillo, confeccionado en una seda especial hecha con lana. Un vestido azul noche, que llevaba con elegancia y gracia innatas, al igual que una flor luce sus pétalos.

Arla y Erla intercambiaron una mirada de complicidad.

La princesa Níves

—¿Hoy os tomáis el día libre? —preguntó Arla, la más chismosa de las dos, aludiendo al vestido, que no seguía las normas de etiqueta de la corte.

—Voy al Gran Árbol con Gunnar —respondió la princesa.

Al pensar en ello, una sonrisa veloz atravesó sus ojos claros. Le encantaba correr al galope, con Gunnar, por el hielo de su amado reino. En esa estación, la más benigna del año, Níves sentía como si floreciera, y cabalgar hasta el Gran Árbol era su forma de renacer.

Luego, a escondidas, apoyó sus esbeltos dedos en la mesa de la cocina, y los pasó por encima del azúcar glas.

—¡Princesa! —exclamó Erla, intentando detenerla—. ¡No se meten los dedos en el azúcar!

Pero Níves, con una mirada divertida, ya se había llevado los dedos a los labios y se había ensuciado hasta la punta de la nariz.

—¡Oh, princesa! —suspiró Arla—. ¡Nunca aprenderéis! ¡Vuestra tía, la condesa, os va a regañar!

—¿Y quién se lo va a decir? —la retó Níves, riendo—. ¿Vosotras? ¿Seréis capaces de hacer que me castiguen por un poco de azúcar?



La princesa Níves

Las dos cocineras sonrieron, resignadas: no había nada que hacer. La condesa Berglind y todos los demás se esforzaban por enseñarle a Nives las etiquetas y usos de corte necesarios para hacer de ella una digna reina, pero la chica eludía las normas y seguía comportándose como una niña traviesa. Sin embargo, ya no era ninguna niña, sino una joven llena de energía.

—Otra cosa... —añadió con tono de desdén, moviéndose como una flecha entre las cocineras, con su traje de campanilla.

—¿Queréis decirnos algo en especial, princesa? —dijo Arla, mirando a su hermana.

—¿Aparte de que vais a ir con Gunnar al Gran Árbol? —añadió Erla, completando la frase de su hermana con cierto temor.

El Gran Árbol era un árbol especial, mágico, que había crecido y se hallaba en un jardín secreto, cuya existencia sólo conocían unas pocas personas de confianza en la corte de Nives. Y, claro está, las cosas mágicas siempre producen temor y respeto.

Sin embargo, el Gran Árbol no era el único temor de Erla. Gunnar también era motivo de angustia, pues su aspecto feroz y poderoso le daba un miedo terrible.

La princesa Níves

Níves se detuvo ante la puerta, fingiendo un momento de indecisión.

—No, creo que no tengo nada más que deciros..., ¿por qué? —respondió la chica, con una sonrisa de desdén, simulando no comprender la razón del interrogatorio.

—No lo sé, Alteza —repuso Arla—. Me parece que, hace un instante, habéis dicho otra cosa...

—¿Estás segura, Arla? —la provocó su hermana—. Últimamente tu oído te juega malas pasadas.

—Pues claro, Erla. Lo he oído perfectamente y...

La cocinera se calló de repente. Desde el pasillo, les llegó un rumor de pasos, y, tras unos segundos, asomó por la puerta el enorme hocico de un lobo blanco. Era un animal robusto, con pelo abundante y de color uniforme, salvo por unas leves franjas grises en la cabeza y el cuello.

Sus ojos, enormes y azules, desprendían un gran magnetismo, pero a la pobre cocinera le parecían simplemente terroríficos, acerados y crueles. Era el mayor lobo del reino, el jefe de todos los lobos de la princesa. Era Gunnar.

—Hola, Gunnar —dijo Níves, sonriendo con la mi-



La princesa Níves

rada—. ¡Vamos! Y vosotras dos —añadió, dirigiéndose a las dos hermanas—, no os peleéis más.

—¿Nosotras? —repuso Arla—. ¡Yo no! Eso es cosa de Erla.

—¿Yo? ¡Qué va! ¡Si siempre empiezas tú! —replicó Erla, amenazando con tirarle una manzana.

Níves sacudió la cabeza, divertida y resignada. Sus cocineras nunca cambiarían, pero no le importaba en absoluto. No le gustaban los cambios, prefería que todo siguiera como siempre.

